

# LIBROS

44

LETRAS LIBRES  
ENERO 2017

**Reiner Stach**  
• KAFKA

**Andrés Ortega**  
• LA IMPARABLE MARCHA  
DE LOS ROBOTS

**Natalia Carrero**  
• YO MISMA, SUPONGO  
• LETRA REBELDE

**Moyshe Kulbak**  
• LOS ZELMENIANOS

**José Andrés Rojo**  
• CAMINO A TRINIDAD

**Javier Cercas**  
• EL PUNTO CIEGO



## BIOGRAFÍA

### Nueva vida de Franz Kafka



**Reiner Stach**  
KAFKA: LOS PRIMEROS  
AÑOS. LOS AÑOS DE  
LAS DECISIONES.  
LOS AÑOS DEL  
CONOCIMIENTO,  
2 VOLS.  
Traducción de  
Carlos Fortea  
Barcelona, Acantilado,  
2016, 2.368 pp.

#### LUIS FERNANDO MORENO CLAROS

El autor alemán Reiner Stach (1951) dedicó casi dos décadas a culminar la inmensa biografía de Franz Kafka (1883-1924) que ve ahora la luz en Acantilado con tanto lujo (estuche de dos tomos) y magnífica traducción de Carlos Fortea. Solo Goethe y Thomas Mann —los dos gigantes por antonomasia de las letras germanas— cuentan con biografías de semejante envergadura.

Esta obra apareció inicialmente en tres tomos independientes (en 2002, 2008 y 2014). El primer volumen no trataba de la niñez de Kafka sino que introducía a los lectores en

medio de su vida adulta, se titulaba *Los años de las decisiones*; el siguiente fue *Los años del conocimiento*, dedicado a la última etapa del escritor; la trilogía culminó con el tomo sobre la época de niñez, *Los primeros años*. Tan ilógica distribución fue debida a que Stach decidió esperar a que una oportuna desclasificación de archivos del antiguo Telón de Acero le facilitase sus investigaciones sobre los primeros tiempos de Kafka y la historia de su familia, afincada en la comunidad judía de Praga.

Aunque Kafka es uno de los clásicos modernos más populares —afianzado por infinidad de estudios académicos—, nos faltaba su “biografía” definitiva. El amigo por excelencia de Kafka, Max Brod, fue su primer biógrafo. Este, sionista convencido e interesado por la filosofía, editó por primera vez los escritos póstumos de Kafka, ignorando su deseo expreso de que fueran destruidos a su muerte. Brod caracterizó a su amigo como una especie de santo laico y un filósofo de obra esotérica revestida de literatura. Semejante imagen perdura en el tiempo, aunque los biógrafos posteriores —Ernst Pawel, Hartmut Binder, Klaus Wagenbach— trataron de matizarla presentando a un Kafka más “de carne y hueso”. Reiner Stach avanzó en esta línea. Cabe preguntarse, sin embargo, qué aportan de novedad estas 2.300 páginas si se enfrentan a la inmensa literatura kafkiana.

Lo principal es su exhaustividad, desde luego; su copioso caudal de información, pero también su magia literaria. Antes de esta biografía, sabíamos muchas cosas de la vida de Kafka, pero jamás antes fueron dichas con tanto talento y profundidad como las dice Stach. Su gusto por el detalle es una

virtud, y hasta sus excursos narrativos suponen un goce para el lector.

Los detalles y la información aportarían poco si no conformaran finalmente el puzzle completo de una personalidad, de un carácter y de la “circunstancia vital” (en palabras de Ortega y Gasset) en la que se desarrolló como ser humano Franz Kafka. Su singularidad queda definida por Stach con justeza, ya no será más aquel santo filósofo de Brod, ni el hombre atrozmente atormentado por su incapacidad de llevar una vida “normal”, aislado en un interior pétreo e inabordable, genial y medio autista, nacido como por arte de magia y sin pasado. Stach nos revela a un Kafka situado a la altura de su tiempo e inmerso en sucesos reales que le afectaron.

La Primera Guerra Mundial, por ejemplo, que lo sorprendió con 31 años (no participó en ella al declararse “no apto” por debilidad física), influyó de manera negativa en la vida cotidiana de los Kafka; el autor de *El proceso* apenas se refirió a ella en sus escritos íntimos, pero Stach ha sabido ver los estragos que causó en su ánimo y en su salud; condicionó además su relación de un lustro con su prometida Felice Bauer. Este amor de Kafka, esencialmente epistolar (hoy las *Cartas a Felice* son literatura de primer orden), lo escruta Stach al detalle y aporta datos desconocidos de la novia y de su familia. Lo mismo sucede con otros dos amores kafkianos: Julie Wohryzek y Milena Pollak. Relaciones malogradas. Solo con la jovencísima judía de origen polaco Dora Diamant fue capaz Kafka de independizarse de su casa y experimentar algo parecido a un vínculo estable; por desgracia esto le ocurrió solo nueve meses antes de morir.

Gracias a las investigaciones de Stach sabemos más del excelente

trabajo que Kafka desempeñó en el Instituto de Seguros Laborales de Praga: el autor de *La transformación* fue un funcionario modélico e imprescindible, elogiado y respetado. Aun así, él nunca habló bien de su trabajo y lo consideró una carga de la que tenía que liberarse para vivir y escribir. Conviene recordar que para Kafka la vida no era nada sin literatura.

Murió joven, poco antes de cumplir cuarenta y un años, aquejado de tuberculosis laríngea. En su periodo de mayor esplendor literario, que coincide también con los años de su noviazgo con Felice, publicó *La condena*, *El desaparecido* y *La transformación*; escribió además los geniales capítulos sueltos de *El proceso*. La aparición de su enfermedad (en agosto de 1917) marcó un hito en su vida. Lo liberó de la relación sin salida que mantenía con Felice, le permitió ausencias justificadas de su trabajo, estancias de cura y reposo en sanatorios, afianzar su personalidad y hasta aguzar su lucidez ya omnipresente desde su juventud, pero lo mató. En 1918 enfermó, además, de la terrible pandemia que asoló Europa: la “gripe española”. Sobrevivió de milagro, pero ya tocado sin remedio.

Los avatares vividos por Kafka solo acusaban más sus reflexiones sobre los asuntos que le interesaron, siempre los mismos: el poder, el miedo, la soledad, la tiranía del propio carácter que lo abocaba a un “infierno” muy particular, todo ello expresado una y otra vez en su literatura.

De esto y de mucho más nos informa Stach al introducirse poco menos que en la piel de Kafka. Ha creado una especie de “enciclopedia Kafka” en la que está todo lo que algún día quisimos saber sobre el autor praguense; una obra

espléndida que llena de luz la vida y la personalidad de uno de los escritores más enigmáticos, pregnantes y decisivos de nuestro mundo moderno. —

#### LUIS FERNANDO MORENO CLAROS

(Cáceres, 1961) es traductor y ensayista. En 2011 publicó *Schopenhauer. Vida del filósofo pesimista* (Algaba). Acaba de publicar una nueva traducción de *La transformación* en Atalanta, realizada con Pilar Benito Olalla.



#### ENSAYO

### Noticias del futuro



**Andrés Ortega**  
**LA IMPARABLE MARCHA DE LOS ROBOTS**  
Madrid, Alianza Editorial, 2016, 288 pp.

#### MANUEL ARIAS MALDONADO

Está claro que el hombre es un animal aprensivo. Acaso como medio para conjurar las amenazas futuras, se ha dedicado desde siempre con ahínco a imaginar los posibles callejones sin salida de la historia. Entre las distopías más habituales, reflejo de un idéntico miedo a las consecuencias de la tecnología, se cuentan la catástrofe ecológica que nos devuelve a la prehistoria y el porvenir deshumanizado a causa del dominio de las máquinas: *Mad Max* frente a *THX 1138*. El segundo de estos temores empieza a ser familiar a nosotros, los contemporáneos, tal es la frecuencia con que oímos que la revolución tecnológica en marcha —que tiene en la digitalización su faceta más visible— amenaza con destruir la mitad de los empleos existentes sin procurar un reemplazo suficiente. Y si el desempleo industrial causado

por la globalización nos ha traído el populismo, ¿qué nuevos males no vendrán de la mano de los robots?

A responder a esta pregunta, así como a muchas otras suscitadas por el mismo fenómeno, se dedica este magnífico libro de Andrés Ortega, ensayista ya veterano pero siempre inquieto en su atención a las ideas que están llamadas a perfilar los contornos de la sociedad venidera. Aunque en este caso hablamos de un asunto contemporáneo: en 2013 había ya 1.330 millones de robots en el mundo, y se espera que para 2018 ese número aumente a 2.327. Por eso dice nuestro autor que no ha escrito un libro de ciencia-ficción, sino uno sobre el presente y el futuro predecible, que es aquel que podemos vislumbrar a diez o veinte años vista. Pese a lo cual, una parte de las consideraciones contenidas en el libro tiene un carácter forzosamente especulativo: no sabemos qué desarrollo conocerán la Inteligencia Artificial, la biotecnología o la impresión 3D. Sí sabemos, en cambio, que las innovaciones tecnológicas son socialmente absorbidas a cada vez mayor velocidad y es razonable esperar su aceleración exponencial en las próximas décadas. Quien no desee verse desbordado por las novedades tiene en este trabajo una introducción completa y accesible en nuestra lengua.



Un argumento central de Ortega es la disolución de la barrera entre los robots y los humanos, que quizá no percibimos con la suficiente claridad debido al carácter “invisible” de buena parte de esta tecnología. Aunque, bien mirado, los *smartphones* también son máquinas; quizá el problema resida menos en la visibilidad del robot que en sus representaciones culturales dominantes. Aquellos que más se ajustan a la imagen canónica del robot son los protagonistas del primer capítulo de este trabajo, a saber, los dedicados al cuidado de ancianos y enfermos que tanta presencia tienen en ese laboratorio geriátrico que es Japón. De este hilo tira Ortega para preguntarse por la relación entre robótica y afectos, que incluye una “robótica del placer” todavía por desarrollarse. Si la soledad está llamada a ser uno de los problemas del futuro, quizá los robots puedan acompañarnos; descartado está por el momento que ellos mismos puedan experimentar emociones. Menos mal: tras la derrota a manos de una computadora del campeón del mundo de Go, el complejo juego de origen oriental, esas emociones aparecen revalorizadas como aquello que nos distingue de los robots.

Son distintos los aspectos del avance de los robots a los que Ortega dedica su atención, empleando figuras de la mitología clásica para simbolizarlos mejor. Si la magia de Circe enfatiza los progresos que trae consigo una robótica emancipadora (especialmente prometedores en la sanidad, la agricultura, la minería o la educación), la diosa Minerva da pie a un excelente repaso de la Inteligencia Artificial, mientras que Hermes y Marte conducen respectivamente a una meditación sobre la geopolítica (los robots como instrumento en la lucha por la supremacía,

con Europa rezagada) y los riesgos asociados a las armas autónomas. Por último, es Vulcano quien sirve de metáfora para la amenaza que se cierne sobre las clases medias. Ortega es lapidario: “a medida que las máquinas se vuelvan más capaces y más inteligentes, el espacio para actividades únicamente humanas se estrechará o desaparecerá”. No es una advertencia nueva; hay que dilucidar si, como el autor parece sugerir, esta vez es diferente.

Para Ortega, la diferencia no está en la cantidad de empleos que, globalmente, pueden desaparecer, sino en la velocidad a la que eso sucederá y en la naturaleza cualificada de muchos de ellos. Televendedores, contables, *brokers*, secretarias, pasantes, traductores, conductores, trabajadores agrícolas, pescadores: todos ellos están amenazados. Según una clasificación preexistente, no corren peligro los trabajos que no son complejos ni repetitivos (peluqueros, jardineros); tampoco los complejos y no repetitivos (investigación, ingeniería, programación). En cambio, las tareas repetitivas y complejas (cirujanos, pilotos), no digamos las simples y repetitivas, serán automatizadas. Es tentador extraer de aquí conclusiones pesimistas: una sociedad donde se vacía la clase media y la propia democracia entra en peligro debido a la creciente desigualdad entre rentas del capital y rentas del trabajo. Ante semejante panorama, sirve de poco apuntar que debemos repensar nuestra relación con el trabajo y con el empleo: conviene aclarar cómo. Y con todo, nadie podía haber imaginado hace setenta años que las mujeres se incorporarían masivamente al mercado laboral y acabarían surgiendo empleos como *community manager*, entrenador personal o diseñador de videojuegos. Si la

historia es una caja de sorpresas, ¿ha de ser esta vez un chasco?

En las últimas páginas, Ortega pone sobre la mesa la cuestión antropológica: los cambios que podemos esperar en nuestros sistemas sociales y culturales. Ante los nuevos *golems*, viene a decirnos, la relación humano-máquina habrá de cambiar y con ello el ser humano mismo. Se abre ante la vista el fascinante horizonte del transhumanismo, una ambigua promesa que empieza a concretarse. Sin embargo, el *cyborg* es solo un desarrollo tardío de mejoramientos humanos más sencillos, como unas gafas: la técnica es un rasgo humanísimo por más vértigo cultural nos provoque. Podemos así prepararnos para el futuro robótico siguiendo los consejos de Kenneth Baker, de la Fundación Edge, quien sostiene que necesitamos “educación del siglo XXI para una economía del siglo XXI”, o convenir con Ortega que debemos huir del turboconsumismo construyendo una buena sociedad, dando forma a “un nuevo contrato social para un futuro robótico”. ¿Quién podría discutirlo? Pero estas formulas bienintencionadas adolecen de una inevitable vaguedad. No sabemos lo que hacer exactamente, en parte porque nos enfrentamos a procesos sociales difícilmente reductibles a decisiones concretas que puedan revertirse mediante otras decisiones. Así que leer libros tan informativos e interesantes como este es una de las pocas cosas que podemos hacer con provecho, a fin de que cuando el futuro se haga presente no nos coja del todo desprevenidos. —

**MANUEL ARIAS MALDONADO** (Málaga, 1974) es profesor de ciencia política en la Universidad de Málaga. Su libro más reciente es *La democracia sentimental* (Página Indómita, 2016).



## NOVELA/NOVELA GRÁFICA

### Deseo de ser yo



**Natalia Carrero**  
**YO MISMA, SUPONGO**  
Barcelona, Rata, 2016,  
160 pp.



**LETRA REBELDE**  
Bilbao, Belleza infinita,  
2016, 160 pp.

### Mª ÁNGELES CABRÉ

Ni se les ocurra abrir un libro de Natalia Carrero (Barcelona, 1970) si andan buscando certezas o esperan una lectura amable, mecida por el ir y venir de la complacencia. Esta autora no irrumpió en el campo de batalla de la literatura para sacarse brillo a la autoestima; es una guerrera que lucha a pecho descubierto, sin escudos, y eso duele, tanto a ella como a quien osa leerla. Pero si se atreven la incursión valdrá mucho la pena, aunque salgan con un interrogante, preguntándose si vivir es tan endiablidamente complicado y escribir un sueño tan imposible, pues su lucha tiene lugar en ese intersticio entre la vida y la escritura.

Carrero fue descubierta por el editor Constantino Bértolo, que publicó en Caballo de Troya sus dos primeros libros, la novela *Soy una caja* (2008) y los relatos de *Una habitación impropia* (2011). Singulares, descarnados y sobre todo muy sinceros, sus libros interesaron y le dieron a esta barcelonesa afincada desde hace años en Madrid la fuerza necesaria para seguir escribiendo.

La publicación a cargo del nuevo sello catalán Rata de *Yo misma, supongo* confirma que su voz propia sigue modulándose. Con el agravante de que esta vez nos da dos por uno, ya que la aparición de su nueva novela coincide con la novela gráfica *Letra rebelde*, que ya vimos gestarse en las ilustraciones de su blog “La lectora común”.

“Me apoyo en el dibujo para no escribir”, ha dicho la autora, quien también incorpora piezas gráficas en la novela-novela: “En el caso de *Yo misma, supongo*, palabras y trazos libres resultan un todo inseparable, son algo más que mera compañía. Ambos surgen del mismo proceso de creación de un documento cultural etiquetable como novela.” En ambos libros, la novela y la novela gráfica, artefactos con gran personalidad y alejados del narrar al uso, asistimos a la creación de un álter ego que la representa como una mujer atada a las esclavitudes de la vida cotidiana pero a la vez a la escritura, al deseo de escribir, aunque su auténtica ambición sea ser a través de la escritura, de ahí la insistencia en rodearse de letras y palabras: “Cada letra de cada palabra y cada palabra cuenta”, escribe.

La protagonista de *Letra rebelde*, “la lectora común”, se pregunta si las mujeres deberían descuidar la casa para poder dedicarse a escribir. O si la vida, esa “gran carrera de obstáculos en la que la salida está tan lejos de la meta”, no se hace demasiado cuesta arriba si se tienen tres hijos y se quieren trastocar “las estructuras del discurso dominante”, es decir, sucumbir al impulso literario a pesar de su condición secreta de Bartleby. Viajamos a sus orígenes libresco: lectora voraz de autores como Bolaño, copia a mano *Madame Bovary* para que las palabras de Flaubert se adentren en su



cuerpo. Sintiendose incomprendida y sola, llega a pensar en el suicidio. A base de garabatos, viñetas y frases voladoras asistimos a la agitada existencia de una madre de familia amantísima que, entre lavadoras y lentejas, apenas tiene tres horas al día para escribir.

Otro tanto le sucede a Valentina Cruz, la protagonista de *Yo misma, supongo*. Ella también tiene mucho de Nadilia, la protagonista de *Yo soy una caja* que encuentra en la escritura la forma de contarse a sí misma; y mucho de las protagonistas de *Una habitación impropia*, esposas y madres hartas de tanta maternidad responsable que ansían la habitación propia de la que habló Virginia Woolf. Se diría que la suma de todos esos personajes ha acabado sintetizándose en Valentina, quien empieza siendo una joven harta de la familia en la que ha crecido: padre autoritario hasta el extremo, madre casi transparente... Intenta escapar de ellos usando métodos como el atontamiento alcohólico o el coqueteo con la prostitución, para lograr al cabo convertirse en una mujer que ha creado su propio núcleo familiar: “Madre y cuidadora de dos pequeñas, y sus amistades ruidosas, amante y compañera de un hombre bueno que no es fácil de encontrar, viajera, cocinera, fan de Nina Simone, amante de las cenas con finales felices en la cama, corredora, jugadora de póker, y algo más que siempre conviene guardar.”

En ambos casos, ya se trate de la lectora común o de Valentina, arde la llama de la escritura, principalmente como lengua de expresión del yo. Valentina Cruz se resiste a incorporarse al mundo laboral: “Si ya tenemos bastante, si ya nos mantenemos con lo que Juan aporta [...] y si mientras por mi parte voy reuniendo letras en textos imperiosos, ¿por qué

debo pasar por el tubo de la normalidad, por qué debo aparentar que soy capaz de desempeñar una labor importante no para la sociedad, sino para el capital, esa abstracción incomprensible que todo lo contamina?” Quiere buscarse creativamente, aunque la consecuencia sea perderse aún más. Mientras, como un reflejo de ella misma, la lectora común se pregunta insistentemente si debe o no escribir.

Decir que ambas libran batallas contra la condición femenina y sus rigores sería hacer un diagnóstico incompleto. Los suyos son relatos “sobre cómo nos construimos y deconstruimos”, un hurgar insistente en la esencia de la identidad. Leyendo a Natalia Carrero, nos sabemos más cerca de una Annie Ernaux, que se deja la piel en cada página, que de un fabricante de novelas aritméticas y algodónosas. Y eso nos alegra, y cómo, las papilas literarias. —

**M<sup>a</sup> ÁNGELES CABRÉ** (Barcelona, 1968) es escritora y crítica literaria. En 2016 publicó *WonderWomen. 35 retratos de mujeres fascinantes* (sd Edicions).



## NOVELA

### Un patio muy particular



**Moyshe Kulbak**  
**LOS ZELMENIANOS**  
Zaragoza, Xordica, 2016,  
400 pp.

## MERCEDES CEBRIÁN

Las reseñas literarias no suelen prestar demasiada atención a la edición del texto al que se refieren, cuando el libro no deja de ser un producto que contiene elementos

paratextuales y una labor editorial por medio. En el caso de *Los Zelmenianos*, la cuidada edición salta a la vista ya desde de la ilustración de cubierta, cuya expresividad al presentarnos el aspecto físico y carácter de las diversas generaciones de descendientes de *reb* Zélmele recoge con acierto el espíritu del texto. También es destacable la comodidad del interlineado y del tamaño de letra, que evita esfuerzos a los lectores de cualquier edad, pero lo verdaderamente indispensable son tanto el prólogo como las notas al pie y el glosario final de términos relacionados con las tradiciones judías, todo ello a cargo de los traductores, Rhoda Henelde y Jacob Abecasís. Este material nos proporciona un contexto desde el cual percibir los matices de esta tragicomedia doméstica centrada en cuatro generaciones de una familia judía residente en Minsk (hoy Bielorrusia) a finales de los años veinte y principios de los treinta, en un momento de intensos cambios sociales y tecnológicos debidos principalmente a la Revolución bolchevique.

El hecho de que tanto este libro, aparentemente inofensivo, como otros textos de Moyshe Kulbak fueran considerados peligrosos por el régimen estalinista llevó a la detención y posterior ejecución de su autor en 1937 por su condición de escritor “incómodo” para el discurso dominante. *Los Zelmenianos* ha sido, pues, literalmente resucitada para los lectores en español desde el original en yiddish, publicado inicialmente por entregas en la revista *Sbtern* y, poco más tarde, como libro en dos volúmenes.

La novela narra la cotidianidad de los descendientes de *reb* Zélmele —hijos, nietos, nueras, yernos y demás parientes—, que conviven en

torno al mismo patio. La familia es descrita en todo momento como si se tratase de una especie única, con sus rasgos y hasta su propio olor característico (“una especie de suave aroma a heno almacenado mucho tiempo, mezclado con algo más”) que la convierte en inimitable. Desde las primeras páginas, el lector se percata de que el humor negro no va a faltar a lo largo de la historia, pues ya en la descripción del carácter del joven Tsalke, hijo del tío Yuda, se menciona casi de pasada que “tenía una peculiaridad más: de vez en cuando intentaba suicidarse, pero de eso no nos ocupamos ahora”. Dentro de este tono humorístico que funciona en ocasiones como mecanismo para lidiar con la dureza de una vida donde dos sistemas –las tradiciones de los ancianos judíos y las ideas de la revolución bolchevique que adoptan los jóvenes “bribones”– parecen irreconciliables, en ocasiones asistimos a una brutalidad de tono quijotesco entre padres e hijos, por ejemplo en la historia de infancia del tío Foile, flagelado por su padre tras haber traído carroña de caballo a casa.

Para ilustrar la tensión entre las distintas generaciones y la resistencia al abandono de un estilo de vida que pudiera parecer caduco frente a la fascinación que ejerce el Nuevo Orden –un tema bastante presente en la literatura en yiddish, y también en la de autores judíos estadounidenses como Cynthia Ozick– Kulbak elige con acierto emplear como metáfora la llegada de la tecnología a las vidas de los zelmenianos. Algunas de estas novedades sirven como desencadenantes de conflictos: la instalación de electricidad en el patio mostrará a los más ancianos reticentes ante el invento y a los jóvenes fascinados hacia él, y la proyección de una película, todo un

evento simbólico al que acuden los habitantes del patio, generará también disputas entre ellos.

En ciertas ocasiones nos parece asistir a una zarzuela de tradición askenazí: el escenario es casi siempre el mismo –el consabido patio de *reb* Zélmele–, y los personajes y situaciones destilan costumbrismo. Justamente en esos momentos en los que la novela podría estancarse es cuando la voz narrativa omnisciente, que ha venido guiando al lector moviéndose de aquí para allá en busca de escenas y tipos humanos en los que centrar su atención, considera que ha llegado el momento de tornarse más experimental, y lo hace acudiendo a recursos inesperados como guiños con lo metalingüístico, que incluyen la lectura de unos versos de “un poeta zelmeniano de nombre Kulbak”, o despersonalizando las voces que se escuchan en el patio y limitándose a transcribir el contenido de lo que dicen refiriéndose a ellas como “Voz n.º 1” o “Voz n.º 4”. Pero el epítome de este deseo de Kulbak de evitar un enfoque realista lo encontramos en el capítulo 12 de la segunda parte, titulado “Zelmeniada”, que funciona como parodia de una investigación científica acerca de la familia. En él se desarrolla la geografía zelmeniana, que enumera los lugares donde viven o han vivido los descendientes de *reb* Zélmele (“El tío Folie fue hecho prisionero en Austria: está poblada por una especie de alemanes”), así como la zoología, botánica y filología zelmenianas (“Resultado ilustrativo, en especial, el hecho de que los zelmenianos crean sus propias palabras, como por ejemplo: shiliúes (bribones)...”). Además de este esfuerzo por dislocar la narración, el buen oído de Kulbak contribuye a recoger la diversidad lingüística de la Bielorrusia

soviética dentro del microcosmos del patio zelmeniano gracias a personajes como Pável, el novio gentil de Sonie (que, al no ser judío, tiene como lengua materna el bielorruso), a las excursiones de los habitantes del patio a la realidad soviética que transcurría en ruso, al renacer del hebreo como lengua de uso cotidiano, y al yiddish que hablan los habitantes del patio y que se manifiesta con toda su vitalidad en esta novela pues, como dice uno de sus proverbios, *Far yugnt lebt men nisbt; far elter sbtarbt men nisbt*; “uno no está más vivo por ser joven, pero tampoco ha de morir por ser viejo”.–

**MERCEDES CEBRIÁN** (Madrid, 1971) es escritora. En 2016 publicó el ensayo *Verano azul: unas vacaciones en el corazón de la Transición* (Alpha Decay) y el poemario *Malgastar* (La Bella Varsovia).



## NOVELA

### Río arriba



**José Andrés Rojo**  
**CAMINO A TRINIDAD**  
Valencia, Pre-textos,  
2016, 212 pp.

### DANIEL GASCÓN

*Camino a Trinidad*, la primera obra de ficción de José Andrés Rojo (La Paz, Bolivia, 1958), periodista de *El País* y autor de la biografía de su abuelo el general republicano Vicente Rojo, es una novela sobre la memoria, la utopía y el paso del tiempo. Por una parte es un relato de iniciación; por otra tiene algo de búsqueda o casi de rescate.

El narrador, que abandonó Bolivia en 1971, recuerda su primer regreso, en 1977, durante la

dictadura de Hugo Banzer, y un viaje que hizo por un río amazónico junto a un amigo que desaparecería poco después en circunstancias nunca totalmente aclaradas. Estaban decididos a “vivir peligrosamente” y a ayudar a derribar la dictadura. Treinta años después vuelve e intenta comprender qué pensaban entonces: quizá sea una forma de saber quiénes eran y qué queda de ellos. La mirada lejana y discontinua del narrador hace que no siga con precisión la evolución de sus viejos amigos: existen en recuerdos, congelados en momentos, “en una especie de presente eterno”, en rumores y fragmentos algo enigmáticos. “Ahora que volvía a Bolivia, me había propuesto reconstruir lo que le había pasado antes de que un buen día se perdiera y ya nunca más se supiera de él. Pero dudaba al mismo tiempo del sentido de semejante tarea: ¿para qué remover los recuerdos a estas alturas, para qué tocar ese dolor que quizá se hubiera ido diluyendo con el tiempo, para qué despertarlo?”

*Camino a Trinidad* trata sobre nuestra relación con las ideas y sobre sus efectos en nuestra experiencia concreta. En algunos momentos su atmósfera recuerda a narraciones de Vargas Llosa, de Conrad o de Naipaul: tiene algo de relato de aventuras y de encuentro entre varios libros. Uno de ellos es *Los condenados de la tierra*, donde Frantz Fanon defendía la violencia, criticaba el colonialismo y la influencia de una Europa decadente. “Toda esa retórica me iba inflando mientras nos deslizábamos por el río”, dice el narrador. La trayectoria de Fanon y de las guerrillas que siguen las instrucciones de Régis Debray muestran el componente occidental de esa ideología antioccidental.

Otra referencia decisiva es Nietzsche. Rojo utiliza episodios de la vida del filósofo alemán a manera de contrapunto y uno de los epígrafes de la novela es una cita de Robert Musil: “El destino: que Nietzsche cayera por primera vez en mis manos a los dieciocho años.” En el viaje por el río el narrador lee *Así habló Zaratustra*, que encontró entre los libros de su tío Pepe, uno de los personajes más inolvidables de la novela: un periodista que se levanta a las cinco de la mañana para leer antes de ir a trabajar, que critica duramente en un medio de provincias las políticas de George Kennan por considerarlas complacientes con el comunismo (y que no goza de mucho respeto entre los suyos: la familia compra el periódico de la competencia). También es importante la obra de Rodríguez Ostría, que reconstruye la historia de la guerrilla de Teoponte, una expedición fracasada de 1970 donde 67 milicianos con poca experiencia, mal armados e inspirados por el ejemplo del Che Guevara fueron derrotados por más de mil soldados bien entrenados y armados.

*Camino a Trinidad* tiene un aire periférico, donde acontecimientos aparentemente marginales iluminan cuestiones más amplias. Es un libro lleno de viajes en el que los personajes, que a menudo han nacido demasiado tarde, aparecen siempre un tanto desubicados: están los desplazamientos de Nietzsche, pero también los del narrador y de sus conocidos, los que huyen del gobierno, los que viajan al extranjero a estudiar, la búsqueda de una pistola o del hijo desaparecido, o los traslados forzosos de la familia del narrador provocados por las tensiones nacionalistas y racistas entre Bolivia, Perú y Chile. Se superponen las historias y los planos

temporales: al reconstruir la historia de su juventud, el narrador también encuentra la de su propia familia.

El narrador cita una frase de Nietzsche: “lo poco constituye la especie de la mejor felicidad”. Añade: “Cuando se sabe que no hay remedio para algunas cosas, entonces quizá se entiende que todo es provisional. Estar ahí, en un punto, tener unos afectos, y al mismo tiempo no librarse de esa impresión de que todas las posibilidades están abiertas: se trata simplemente de alargar la mano y coger lo que quieras. Pasa un tiempo, y eso se transforma y cambia drásticamente. Ya no hay nada que pueda tomarse alegremente, alguien ha roto la conexión con el mundo.” Aunque es una obra reflexiva, *Camino a Trinidad* no cae en la indulgencia del autoexamen ni en la monserga: es sobria y pulcra, y son su inteligencia y contención las que la hacen emocionante. —

**DANIEL GASCÓN** (Zaragoza, 1981) es escritor y editor de *Letras Libres*. En 2013 publicó *Entresuelo* (Literatura Random House).



## ENSAYO

### Transformar el mundo



**Javier Cercas**  
**EL PUNTO CIEGO**  
Barcelona,  
Literatura Random  
House, 2016, 144 pp.

### FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

Vivimos —quién lo duda— tiempos difíciles. No cabe hacer como que no pasa nada. Debemos enfrentar lo que viene. Nada de esperar el golpe. Es nuestro deber salir y plantar cara. No sirven las soluciones viejas a los

problemas nuevos. Si es compleja la realidad no menos complejas deben ser las soluciones. Qué hacer, se planteó el líder rojo. Cambiemos el mundo. Y si no se puede por lo menos cambiemos nuestra forma de ver el mundo. Prepárese un té y adopte un sillón. O no tome nada y váyase a un parque. O súbase al metro. Y dispóngase a leer un libro serio de un autor ambicioso. Recorra sus páginas. Un libro ambiguo, irónico, polisémico, híbrido, que ofrezca múltiples perspectivas. No se trata de pasar el tiempo, que la cosa va en serio. Se trata de transformar la realidad, de cambiar el mundo. O por lo menos la percepción que el lector tiene del mundo. Haga algo: lea novelas.

Eso es lo que dice Javier Cercas en *El punto ciego*. La novela es “impugnación de la realidad, fuego, dinamita, subversión moral y política, cualquier cosa salvo mero pasatiempo carente de consecuencias”. Leyerón bien: fuego, dinamita. “Un hacha que rompa el mar de hielo que llevamos dentro”, como escribió Kafka, “un puñetazo en el cráneo”. Esto aplica, claro está, solo a las novelas auténticas, “en la medida —dice Cercas— en que toda literatura auténtica aspira a cambiar el mundo cambiando la percepción del mundo al lector”. Las novelas, vistas así, no son cosa ociosa sino material ígneo, “sirven para cambiar la forma de percepción del mundo del lector, es decir, sirven para cambiar el mundo”. La novela no

es entretenimiento, “es sobre todo una herramienta de investigación existencial, un utensilio de conocimiento de lo humano”. Las novelas no sirven, puntualiza Cercas, para brindar certezas o pasar el rato, su obligación “consiste en ampliar el conocimiento humano”. Disculpe el lector la repetición de las ideas. *El punto ciego* es un libro, pese a su brevedad, muy reiterativo.

Las novelas no ofrecen respuestas, afirma Cercas, su “respuesta es la propia búsqueda de una respuesta, la propia pregunta, el propio libro”. A lo largo del volumen, esta frase se repite, literalmente, once veces. La repetición machacante es la de un profesor que quiere dejar muy clara su idea. Tanto que arremete en contra de los que no la comparten. Hay lectores, sentencia Cercas, “cobardes o timoratos o incompetentes [...] lectores que no encuentran el punto ciego o que lo encuentran y no lo reconocen o prefieren no reconocerlo, y que por lo tanto renuncian, ineptos o aprensivos, a las complejidades, ambigüedades, paradojas o ironías que propone el autor”. No es que Cercas tenga nada en contra de ese tipo de lectores, ya que ellos “están en su derecho, por supuesto, aunque con ello acepten simplificar y empobrecer el libro, degradando la aventura moral e intelectual que en él propone el autor”.

Hay dos tipos de novelas: las ambiciosas, irónicas y posmodernas, y las otras, las realistas, las que dicen cosas viejas en formatos

caducos. Novelas revolucionarias en un lado y novelas reaccionarias en el otro. Lectores que quieren transformar el mundo y lectores cobardes, incompetentes e ineptos. Esta dicotomía, a mi juicio, empobrece el ensayo, opaca la percepción del lector y, en vez de transformar el mundo, lo reduce. Lo cual es una lástima. Tengo por Javier Cercas una admiración profunda. Considero que *Soldados de Salamina*, *Anatomía de un instante* y *El impostor* son novelas extraordinarias. Y que *El punto ciego* es un libro que no está a la altura de sus grandes creaciones narrativas. “Este libro —nos advierte el autor— no es fruto de la improvisación”, sino fruto de una larga meditación sobre el papel de la novela en nuestro siglo.

Tal vez el autor debió trasladar al ensayo algunas de las virtudes que postula para la novela. El ensayo debe buscar, no ofrecer respuestas tajantes. El ensayo ganaría mucho si fuera irónico, si incluyera en él elementos de otros géneros, si sus conclusiones fueran ambiguas. *El punto ciego*, en la práctica, niega lo que ensalza para la novela. Su ensayo se habría enriquecido, quizá, de haber comprendido Cercas que la respuesta a la pregunta que plantea está en la propia búsqueda de una respuesta, en la propia pregunta, en su propio libro. —

**FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ** (Durango, 1963) es crítico literario y consejero editorial de *Letras Libres*. Escribe una columna en *El Financiero*.



La conversación  
continúa en tabletas.

